

## CENTENARIO DE LA GRAN GUERRA AFRICA: EL CONFLICTO OLVIDADO

### CENTENARY OF THE GREAT WAR AFRICA: THE FORGOTTEN CONFLICT

Horacio Cagni\*

Consecuencia lógica de la conquista de territorios, la relación colonial acompañó a la expansión planetaria de Europa. Los territorios ultramarinos, lejos de las metrópolis imperiales, fueron objeto de dominio político, económico y militar sobre poblaciones de todo tipo de etnia, religión y grado de desarrollo. Ello se acompañó del dominio simbólico, es decir la imposición de la cultura e identidad del colonizador sobre el colonizado.

En el caso concreto del continente africano, en la segunda mitad del siglo XIX fue presa fácil del imperialismo colonialista de las potencias europeas. Los imperios británico y francés primero, los reinos de Bélgica e Italia después y el imperio alemán finalmente, se unieron al club colonialista que hacía tiempo habían inaugurado Portugal y España. En la Conferencia de Asuntos Africanos de Berlín de 1885, se repartieron las áreas de dominio, explotación e influencia, de resultados de lo cual a fines del ochocientos, casi toda África -como colonia o protectorado- estaba en manos de las potencias europeas.

Los imperialistas de Londres, cuya obsesión era asegurar el camino de la India, planearon una cadena de colonias que se apoyaran mutuamente desde El Cairo hasta El Cabo. Dos historiadores, Robinson y Gallagher, denominaron “*fronteras inseguras siempre nuevas*” a este accionar imperial, basado en los fantasmas de la inseguridad. Para asegurar Egipto y Suez, Gran Bretaña ocupó Sudán, para anticipar una presunta amenaza italiana ocupó Uganda, para conjurar una posible alianza entre el imperio alemán y el Transvaal -a partir del dominio germano en África del Sudoeste- llevó al máximo el expansionismo con la anexión de Bechuanalandia y el comienzo de las “pequeñas guerras” contra diversos pueblos aborígenes sudafricanos. Era la lógica deriva hacia el imperio colonialista con la sicología defensiva que se llamó “*fronteras del miedo*” (Robinson y Gallagher, 1961, 274-290).

Las comunidades indígenas fueron crecientemente sometidas como fuente de trabajo y movilizadas en las guerras de conquista imperial, con restricción del poder de sus jefes, imposición de impuestos, alienación por confinamiento, etc. El orden impuesto no era sólo político y económico sino también racial, basado en la ideología victoriana de la supremacía blanca y el sentido misional del cristianismo. Por ejemplo, la ideología de la supremacía racial blanca, conocida en el siglo XX como *apartheid*, no es producto exclusivo del nacionalismo *afrikaaner*, sino que tiene raíces en la formativa del imperio británico en Sudáfrica (Paulin, 2001, 8-9).

La corona inglesa por entonces pensaba que el Transvaal podía convertirse en un satélite alemán, dadas las grandes concesiones hechas a Berlín. El apoyo político de Alemania y las

---

\* Profesor e investigador del Instituto y la Maestría en Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Investigador del CONICET. El presente artículo original forma parte de la investigación para el bienio 2014-2016 del CONICET.

inversiones realizadas -un quinto de las extranjeras- habían fortalecido el sentido de independencia del Transvaal. Tanto Londres como Ciudad del Cabo creían que urgía tomar medidas necesarias para restablecer el prestigio y la autoridad del imperio británico (ames, 1996, 264). Por entonces, el Káiser Guillermo II había apoyado entusiastamente al gobierno del Transvaal; incluso felicitó al presidente Paul Kruger por su decidida actitud frente a Gran Bretaña, provocando la ira de la población inglesa y el reproche de su abuela, la reina Victoria (Palmer, 1979, 106-107).

Como resultado de estas tensiones estalló la costosa y cruenta segunda guerra anglobóer (1899-1902) de la cual -pese a que había demostrado los límites de la expansión británica- el imperio había salido enorgullecido, convencido en su soberbia de una justa victoria por una justa causa, pues Gran Bretaña no podía permitirse abdicar de tener un lugar preponderante en el mundo. La guerra interimperialista entre las potencias coloniales europeas se aproximaba inexorablemente.

El conflicto bélico conocido como Primera Guerra Mundial (1914-1918) del cual se está cumpliendo un siglo, como teatro de operaciones involucró también al continente africano, más precisamente al África subsahariana. No obstante la gran cantidad de bibliografía, eventos y conmemoraciones, las referencias al África es mínima. Los mayores historiadores de la guerra pasan por alto o directamente olvidan este escenario. Las fuentes documentales y la información de época escasean en relación a los demás teatros de la guerra. Otra explicación lógica es que aún hoy día se sigue viendo al África con un criterio eurocéntrico y racista. Existe otra probable explicación: que la mayoría de los autores son anglosajones y prefieren olvidar que el ejército aliado fue sucesivamente burlado y derrotado en este escenario por fuerzas germanas inferiores, las únicas que terminaron invictas. Pero lo que todos ocultan es la tragedia que esta guerra significó para la población nativa africana, al servicio de las metrópolis imperiales.

Cuando en 1914 estalló el conflicto, toda África subsahariana, salvo Etiopía y Liberia, eran colonias o protectorados europeos. Alemania, que había llegado tarde al reparto colonial, tenía cuatro: Togo, Camerún, África Sudoccidental Alemana y África Oriental Alemana. Conquistar esos territorios significó para los Aliados una empresa nada fácil, sobre todo la parte oriental. Las cuatro campañas contra las colonias alemanas se dieron en lugares con nombres que para los occidentales sonaban exóticos, difíciles de recordar entonces como ahora. Se combatió bajo los climas más diversos, en desiertos, pantanos y selvas, en lagos, ríos y costas, en tierra, mar y aire. Combatieron europeos: ingleses, franceses, belgas, alemanes y portugueses. Pero también indios y árabes, además de africanos de una docena de etnias y pueblos, nigerianos, congoleños, zulúes, bantúes y hotentotes, entre otros.

### **Cuatro años de campañas militares**

En la convención firmada en Berlín en 1885 por Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Alemania, se había declarado que el Congo -propiedad de la corona belga- era garantía de neutralidad, pues dicho territorio, enorme y de límites imprecisos, incluía África Central y un cinturón de costa a costa. Dicho espacio fue proclamado neutral en tiempos de guerra -cláusulas X y XI

del Acta de Berlín- con prohibición de iniciar hostilidades o ser usado como base de operaciones militares. Como tres de las cuatro colonias quedaban parcialmente dentro de la bacina congoleña, los diplomáticos germanos trataron de mantener la cláusula de neutralidad. Franceses y británicos ignoraron el convenio, y los belgas, al ver invadido su país por Alemania a raíz del Plan Schlieffen de ataque a Francia, se plegaron rápidamente (Farwell, 1986, 23-24).

El Almirantazgo británico tenía particular interés en ocupar las colonias alemanas de África, debido a la existencia de grandes estaciones trasmisoras de radio inalámbricas, que le permitían a los germanos comunicarse sin necesidad de cables submarinos con Berlín y Sudamérica, así como con barcos mercantes y de guerra propios en los océanos Atlántico e Indico. Por ejemplo, la estación radiotransmisora de Kamina, en Togo, era entonces una de las más potentes del planeta.

Togo –actualmente repartida entre Ghana y la República de Togo- tenía 145 kilómetros de ancho por 530 de largo. La reducida fuerza alemana –una policía militarizada de 200 efectivos más mil indígenas- debió rendirse rápidamente en agosto de 1914 frente a una fuerza conjunta francoinglesa, luego de haber destruido la estación de radio (Espósito, 1971, 215 y ss.)

El Camerún -hoy Camerún y parte de Nigeria- era mucho mayor y mejor defendido. Con 520 mil kilómetros cuadrados, presentaba un paisaje variado de montañas, selvas, bosques y pantanos. Dos columnas inglesas y tres francesas entraron en la colonia germana a fines de agosto de 1914, pero fueron rechazadas. Entonces una expedición combinada naval y militar francoinglesa, de 24 mil hombres y 40 mil nativos, encabezada por un crucero, llegó hasta Douala y la tomó. Los defensores retrocedieron hasta Yaoundé, al este; cuando los Aliados llegaron a la ciudad estaba desierta. Las tropas alemanas, unos 8 mil soldados, la mayoría nativos, se habían retirado en orden hasta la Guinea Española, donde fueron internados. Casi no hubo combates, pero las enfermedades significaron un elevado costo, sobre todo entre los portadores (Espósito, 1971, 220 y ss.)

El África Sudoccidental Alemana -hoy Namibia-, en la costa atlántica, tenía medio millón de kilómetros cuadrados. Un territorio más bien desértico, pero rico en minerales, que en 1914 tenía una población de 15 mil blancos y 100 mil hotentotes, bosquimanos y bantúes. En la capital, Windhoek, existía una poderosa estación radiotransmisora. Los aliados enviaron contra la colonia a las fuerzas de la Unión Sudafricana, comandadas por un bóer pro-británico, Louis Botha, pero hubo serios problemas. El recuerdo de la guerra anglo-bóer estaba muy cerca, y muchos *afrikaaners* estaban disconformes con los mandos británicos. Estalló una revuelta de 12 mil bóers, e incluso un coronel se pasó con su contingente a los alemanes. La campaña momentáneamente fue abortada. Sofocar la rebelión en enero de 1915 requirió de 30 mil hombres; los combates dejaron 900 muertos (Farwell, 1986, 84).<sup>1</sup>

En una región tan desolada, se reanudó la campaña contra los alemanes. Cuatro columnas armadas –inglesas y boers “fieles”- avanzaron sobre Windhoek y la tomaron en mayo. Sin posibilidad de refuerzos, los germanos se rindieron en julio, luego de defender la línea férrea hasta el límite. La furia del frente de trincheras de Europa estaba lejos: ambos bandos inter-

---

<sup>1</sup> Los franceses debieron afrontar una situación similar, la rebelión de Volta-Bani, que tuvo una escalada en 1916 que la convirtió en una auténtica lucha anticolonial, de la cual se sabe poco y nada.

cambiaron cortesías. Los oficiales alemanes conservaron sus espadas, y los reservistas retornaron a sus granjas con armas y municiones para protegerse y a sus familias. Actualmente, Windhoek es la única ciudad de pleno estilo alemán del hemisferio sur (Keegan, 1999, 208).

La situación fue totalmente distinta en el África Oriental Alemana –hoy Tanzania-, la más grande y más rica de las colonias del Káiser. Con una superficie de 600 mil kilómetros cuadrados -la misma de Francia-, en 1914 tenía una población de 8 millones de habitantes, donde los europeos eran sólo 5500. La guarnición militar alemana, lejos de toda fuente de recursos humanos, relevos y suministros, nunca pasó de 3500 soldados europeos y 12 mil *askaris*, nativos armados, pero estaban comandados por uno de los oficiales más notables de la Gran Guerra. El teniente coronel, luego general Paul von Lettow Vorbeck era un hombre decidido y tenaz, con una gran capacidad de mando y de maniobra.

Lettow había servido en distintos enclaves coloniales, particularmente en Nueva Guinea y Samoa, donde había aplicado políticas liberales y benevolentes con la población local, que repitió en África Oriental. Expandió los servicios médicos, construyó escuelas y hospitales, y se ganó la consideración de los *askaris* incluidos en sus fuerzas militares.

Como los británicos tenían a los sudafricanos combatiendo en África del Sudoeste, mandaron contra el África Oriental a tropas de la India, además de los indígenas de las colonias contiguas. Apenas estalló la guerra, los ingleses destruyeron la estación radiotelegráfica de Dar es Salaam, mientras reunían tropas para defender el vecino ferrocarril de Uganda, atacado a la vez por los germanos. El 2 de noviembre, un crucero ligero y 12 buques mercantes transportaron dos brigadas indias para tomar el puerto de Tanga. No obstante sus exiguas fuerzas, el ataque fue rechazado por Lettow, sufriendo los atacantes severas pérdidas, sangriento preludio de la que sería una campaña que duraría hasta el fin de la guerra.

Un episodio bizarro y tragicómico ocurrió entonces, clarificando las condiciones de la lucha en aquel escenario. La batalla de Tanga es conocida también como “la batalla de las abejas”. Los africanos locales habitualmente hacían colmenas de madera ahuecada y las colgaban de los árboles, obteniendo abundante miel, un recurso muy apreciado. Los alemanes conocían su disposición, no así los angloindios. Cuando los impactos de las ametralladoras y los fusiles destruyeron los panales, el enjambre de abejas enfurecidas se abatió sobre la tropa. Algunos hombres enloquecieron por los aguijonazos; un señalero de los *Royal Engineers* sufrió 300 picaduras en su cabeza, y un oficial del *Lancashire* fue encontrado tirado en la playa (Farwell, 1986, 171-172). La desbandada fue total.

Tanga fue una seria derrota británica, opacada por las ominosas noticias del frente occidental. Las bajas aliadas fueron de 817 y las germanas de 148. Ocho mil angloindios con artillería y apoyo naval no pudieron contra mil alemanes sin cañones (Farwell, 1986, 178). Buscando una explicación, *The Times* reportó que las abejas habían sido adiestradas por los teutones y formaban parte de sus defensas, aunque una compañía de ametralladoras germana quedó fuera de combate y los *askaris* también habían debido huir por causa de los agresivos insectos. Un historiador, Anderson, sostiene que circularon entonces “*fantásticos y ridículos informes sobre las abejas entrenadas por los alemanes*” (Anderson, 2002, 98).

Los británicos pagaron el costo de su falta de planificación y de reconocimiento del terreno enemigo, y su incapacidad de concentración y coordinación en el ataque. Lettow com-

prendió que con poco podía hacer mucho si adoptaba formas no convencionales de guerra. En un mundo castrense marcado por los paradigmas de Clausewitz y de los ejércitos posnapoleónicos, significaba una revolución en el arte de la táctica y la conducción de la guerra. Lettow comenzó una guerrilla, única en toda la guerra mundial, contrapartida de las rígidas formaciones de masa del “frente continuo” de trincheras europeo.

Los principios clásicos de la guerra de guerrillas -movilidad, sorpresa, autodisciplina, evitar combates frontales y liderazgo fuerte- fueron bien comprendidos e interpretados y mejor aplicados por Lettow (Sibley, 1971, 44) Estando estratégicamente a la defensiva, las *Schutzstruppen* –tropas de asalto- aprovecharon todo error de las ofensivas aliadas, atacando en el momento y el lugar más inesperado, al punto tal que su jefe fue llamado “El Fantasma”. Por otra parte, entre blancos, en un escenario tan lejano del odio intereuropeo, el comportamiento en general era caballeresco, y la consideración era mutua. También los *askaris* conquistaron el respeto del enemigo por su valentía y humanidad, según recuerda el propio Lettow (Lettow Vorbeck, 1926, 136).<sup>2</sup>

Los británicos, aprovechando la caída del África Sudoccidental y la consiguiente disponibilidad de tropas sudafricanas, decidieron trasladarlas al este, al mando de un oficial destacado, el general Jan Smuts. En unión con tropas belgas del Congo y portuguesas de Mozambique –Portugal estaba en el bando aliado- invadieron África Oriental y trataron de cercar y capturar a Lettow y sus fuerzas. Smuts comprendió que los soldados blancos e indios eran muy vulnerables a las enfermedades y no asumían adecuadamente las condiciones de la guerra de guerrillas, así que trajo nigerianos, más expertos en el combate en la foresta.

Lettow estaba siempre preocupado por encontrar suministros, ya que Alemania y sus aliados Austria-Hungría y Turquía estaban muy lejos. La principal fuente de aprovisionamiento de armas y municiones, lógicamente, era el botín arrebatado al enemigo. Pero también aprovechó otros recursos. Al empezar la guerra, el crucero ligero germano *Koenigsberg*, necesitado de reparaciones, estaba en Dar es Salaam; bloqueado por barcos de guerra ingleses, debió internarse en el río Rufiji. Para dejar fuera de combate al *Koenigsberg*, los ingleses mandaron dos monitores al delta del Rufiji, donde, con tiro reglado por hidroaviones, terminaron semihundiendo al crucero alemán. La tripulación sobreviviente, más las seis piezas de 105 milímetros y otras cinco del barco, que fueron desmontadas, resultaron de gran utilidad para Lettow. Los cañones menores, unos con montaje fijo y otros sobre ruedas, fueron repartidos a Tanga, Lago Tanganika y Lago Victoria (Miller, 2010, 493 y ss.)<sup>3</sup>

En enero de 1917, Smuts fue reemplazado por el general sudafricano Jacob van Deventer. Terminada la estación de las lluvias, las tropas aliadas tomaron la iniciativa, persiguiendo a Lettow por toda la colonia. En octubre, en una emboscada preparada a los *Royal Fusiliers*, los británicos tuvieron severas pérdidas. Si bien tácticamente ésta y otras fueron victorias germanas, las bajas eran más preocupantes para ellos, porque no podían reponerlas.

<sup>2</sup> Las memorias del comandante alemán son esencialmente militares y técnicas, y no las consideraremos especialmente en este artículo, de sesgo más histórico-sociológico.

<sup>3</sup> Los alemanes habían construido un ferrocarril desde Dar es Salaam hasta el Lago Tanganika.

Pero en esta etapa la guerra de guerrillas alcanzó su mejor nivel, dado el liderazgo de Lettow (Sibley, 1971, 158). Con sus menguadas fuerzas, decidió invadir el África Oriental Portuguesa, donde no lo esperaban. Con depósitos bien provistos y escasamente defendidos, nativos amistosos y plantaciones llenas de todo tipo de provisiones, resultó un sueño cumplido para las *Schutztruppen*. La navidad de 1917 Lettow y su gente pudieron festejar comiendo cerdo asado y bebiendo vino portugués y café y fumando cigarrillos (Farwell, 1986, 342).

El escenario de guerra incluyó también el aire. Para llevar suministros a Lettow, a fines de 1917 partió de Bulgaria el zeppelin L-59, que llevaba 15 toneladas de suplementos médicos, treinta ametralladoras, machetes, binoculares, etc. Al saber que el dirigible no podía volver, fue construido de modo tal que sus partes sirvieran como tiendas, catres, vendas, bolsos, etc. Sus motores podían ser transformados en generadores de electricidad. Pero al estar al sur de Jartum recibió la orden de regresar. Se dijo que había sido engañado por la radio inglesa, pues el servicio secreto británico estaba enterado de la operación. Volvió al lugar de origen luego de una travesía de 95 horas y 7000 kilómetros en un clima extremo (Stephenson, 2004, 23-24).

Tropas portuguesas e inglesas persiguieron a Lettow y su contingente a lo largo de todo Mozambique, después de nuevo por el África Oriental Alemana y finalmente hasta el norte de Rhodesia, a través de 2500 kilómetros en el último año de guerra. Con sus reducidas *Schutztruppen*, Lettow había cumplido su objetivo de retener el mayor número posible de fuerzas enemigas, tan necesarias en Europa. El 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio; Lettow se enteró días después. Luego de un intercambio de notas con Van Deveren, el 25, en la plaza de Abercorn (Rhodesia) el comandante alemán saludó la *Union Jack* y ordenó la rendición al resto de sus tropas, marcialmente formadas. Eran 20 oficiales, 6 oficiales médicos, un veterinario, 125 europeos, 1156 *askaris*, 1598 portadores y un número desconocido de mujeres y niños (Farwell, 1986, 354).

Con el armisticio, Lettow les hizo saber a los *askaris* y a los portadores la dificultad de pagar los haberes atrasados desde hacía años. “Para nosotros era una cuestión de honor conseguir para estos hombres, que con tanta abnegación habían trabajado y combatido por nosotros, lo que les correspondía” (Lettow Vorbeck, 1926, 392). En 1964, la República Federal Alemana reconoció al fin pagarles a los *askaris* sobrevivientes, muchos de los cuales aún conservaban las órdenes de pago. Un banquero alemán fue enviado a Dar es Salaam para efectuar los pagos. Muchos lo recibieron con su documentación o vistiendo aún sus gastados uniformes, pero muchos no tenían forma de demostrar su pasado y eran dudosos. Entonces el banquero, viejo soldado también él, encontró una forma de identificación: dio a cada uno un palo, lo hizo formar y le aplicó el manual de instrucciones. Ningún *askari* había olvidado las órdenes alemanas de su entrenamiento y servicio (Farwell, 1986, 357).

Rendido pero no vencido, reconocido su valor, ingenio y tenacidad incluso por sus enemigos, Lettow regresó a Alemania como un héroe. Fue el único alto oficial aplaudido y ovacionado al entrar en 1919 en Berlín. Atrás quedaba el escenario más lejano y postergado de la guerra. En la posguerra, la resistencia alemana en África Oriental fue el pilar de la memoria colonial elevada a rango casi mítico. A principios del Tercer Reich se editó un libro con contribuciones de ex-funcionarios de las colonias, africanistas y políticos, con profusión de datos,

cifras, estadísticas y fotografías, donde la campaña del África Oriental ocupaba un lugar destacado (Varios Autores, 1937, 216-230).

### Orgullo blanco, sangre negra

La contracara del valor y el espíritu heroico y cuasi salgariano del escenario africano fue una guerra de muerte, devastación, excesos y brutalidad. En África se denunciaron, como en los demás escenarios, crímenes de guerra, algunos reales y otros ficticios. En 1916 un oficial alemán, Naumann, que hacía una campaña aparte de Lettow –y desaprobado por él– atacando el ferrocarril central británico que venía del África Oriental Británica, fue acusado de permitir que sus tropas cometieran atrocidades, pillaje, violaciones, saqueo “*no lejanas de las de sus hermanos en Europa*”. No obstante, al ser tomado prisionero, no se encontró evidencia suficiente y no se le armó tribunal. Al año siguiente, *askaris* germanos fueron acusados de bayonetear nigerianos e indios heridos “*de la manera más obscena e indecente*”. Tampoco fue probado; Lord Northcliffe ofreció dinero por evidencias fotográficas de los hechos sin resultado. Más allá de la verosimilitud de estas denuncias, señala que infinidad de veces los africanos se mataron entre sí por razones absolutamente ajenas.

Un enemigo implacable se cebó imparcialmente sobre ambos bandos: la malaria. Más que por acción del enemigo, en África se murió por disentería, infecciones y particularmente por la fiebre terciana, provocada por el mosquito *Anopheles*. En julio de 1916 el porcentaje de bajas ajenas al combate en relación a las bajas de guerra era de 31 a 1. Smuts escribió que entre octubre y diciembre de ese año debió evacuar entre 12 y 15 mil pacientes del frente a los hospitales. Otro oficial señalaba que prefería estar peleando en Francia, pues allí “*se vive como un gentleman y se muere como un hombre, aquí se vive como un cerdo y se muere como un perro*”. Una división rhodesiana tuvo 10 mil enfermos. Los indios sufrían aún más: un regimiento tenía 200 hombres en servicio y 800 en el hospital (Farwell, 1986, 294-303).

Las tropas alemanas, con uniformes de cuello alto, botas altas y *breeches*, enfermaban menos que los ingleses, acostumbrados a cuellos abiertos, botas cortas y pantalones *shorts*, una invitación a los mosquitos. Los africanos nativos, los más expuestos, fueron diezmados por la malaria. La terapia era a base de sulfato de quinina, pero habitualmente escaseaba. Los germanos tenían menos suministros médicos, pero sus químicos improvisaban medicinas con las plantas del lugar, sobre todo con determinadas cortezas procesadas, acorde a los datos de los aborígenes.

Otro aspecto era el desgaste físico. Ambos bandos recurrieron a portadores africanos, obligados a prestar servicio con la tropa, dejando sus tierras y plantaciones para cargar con el equipo militar, además de cocinar y limpiar, muchas veces sin recibir alimento suficiente y asistencia sanitaria adecuada. Mujeres y niños los acompañaban en una migración forzosa. Las *Schutztruppen* tenían más portadores que los Aliados. Mientras cada inglés tenía hasta cuatro changadores por europeo, los alemanes tenían hasta siete. Lettow reconoce que “*dadas las circunstancias africanas, el servicio de los hombres de color es indispensable para un europeo*”, y cuando redujo los portadores a cinco, enviando de regreso a sus tierras a los hombres que no

fueran necesarios para continuar la guerra, tuvo gran oposición de sus oficiales (Lettow Vorbeck, 1926, 281).

Los británicos aportaron en la guerra más de 50 mil soldados nativos y un millón de portadores. En Camerún, el contingente aliado de 8 mil soldados franceses y 11 mil ingleses operó con decenas de miles de portadores. En África Oriental, las fuerzas de Lettow reunieron 3500 europeos, 12500 *askaris* y 45 mil portadores. Los portadores sufrieron el peso de la contienda, y es algo poco estudiado. De los 105 mil muertos británicos, el 90 por ciento eran cargadores. Las enfermedades, especialmente malaria y disentería, acabaron con la vida de 10 mil soldados nativos del ejército británico y 100 mil portadores, los más desprotegidos. En un teatro olvidado de la guerra, las bajas proporcionalmente fueron comparables a las de los cruentos campos de batalla europeos (Stevenson, 2013, 195).

La tragedia de África consistió en que su población nativa se encontró involucrada en una guerra inter-imperialista colonial, donde africanos combatieron contra africanos sin ninguna razón propia. La Gran Guerra, además, dañó gravemente la estructura social del continente subsahariano. Las cifras sobre combatientes europeos están bastante bien documentadas, pero sobre soldados nativos y portadores son confusas y no conciben unos expertos con otros, sea por falta de censos o de testimonios directos.

Por otra parte, no existe una adecuada apreciación de las secuelas de una campaña de cuatro años, con la agricultura devastada, las cosechas perdidas, e infinidad de cabezas de ganado, caballos y animales domésticos muertos por falta de atención. La escasez y el hambre asolaron África Oriental, y las enfermedades diezmaron a combatientes y civiles. Algunos estudiosos africanos, que no son muchos, comienzan a manifestarse, con razón, exigiendo una mayor atención focalizada en la tragedia africana, en un Centenario que sigue olvidándolos.

Un historiador de la Universidad del Cabo, Bill Nasson, sostiene que no sólo hay que recordar la apropiación del trabajo y los recursos de las colonias africanas por los poderes europeos, sino también su utilización como carne de cañón en otros frentes de la Gran Guerra. Los franceses utilizaron tropas senegalesas frente al ejército otomano en la sangrienta operación contra Gallipoli en 1915, y al año siguiente africanos bajo bandera inglesa combatieron en la terrible batalla del Somme, como lo conmemora un memorial en Longueval. En 1917, el trasbordador *Mendi* se hundió en el Canal de la Mancha con 700 hombres de color que iban a contribuir con su sangre al esfuerzo de guerra aliado en Francia (Anónimo, 2004).<sup>4</sup>

El profesor Albert Grundlingh, de la Universidad de Stellenbosch (Sudáfrica) estudió la “participación negra” en la Primera Guerra Mundial. Releva cómo los sudafricanos negros en Europa tenían la prohibición de los mandos ingleses de confraternizar con la población local blanca, siendo confinados en campamentos, a pesar de que esos 22 mil hombres no eran conscriptos sino soldados voluntarios. Frente a los que consideran que la participación africana en la Gran Guerra fue “una cápsula temporal eurocéntrica introducida artificialmente en el contexto africano”, este historiador afirma que la guerra, de la manera más inesperada, resulta ser la verdadera realidad (Grundlingh, 2015, 169).

---

<sup>4</sup> En 1994, el gobierno democrático sudafricano erigió en Soweto un monumento conmemorativo a las víctimas del *Mendi*.

En el Centenario de la Gran Guerra, África no ha sido invitada a las conmemoraciones. Se estima en dos millones los africanos que han participado, de una u otra forma, en el conflicto. Fuera de los debates académicos, la historia de centenares de miles de africanos obligados a servir a los intereses de las potencias coloniales aún no ha sido relatada. “El color de la memoria sigue siendo blanco”, sostienen los responsables del proyecto *África en la Primera Guerra Mundial* (Enadeau y Bomani, 2014). En este Centenario -afirman- existe la oportunidad y posibilidad de encontrar un fértil terreno para enfocar la lente sobre quienes más sufrieron la guerra, los propios africanos. La importancia y la necesidad de construir una memoria que preserve la herencia histórica de África, que los nativos pueden explicar mejor que aquellos que son ajenos.

## Referencias

- Anderson, R. (2002). *The Battle of Tanga*. Stroud, UK: Tempus.
- Africa's role in WWI, a forgotten chapter. (2004). Washington, *The Washington Times*, Wednesday July 28. [Disponible en Internet, consultado setiembre 2016].
- Enadeau, J. y Bomani, K. (2014). Africa is a Country. The World War One in Africa Project: What happened in Africa should not stay in Africa, *World War I in Africa Project*. [Consultado setiembre 2016].
- Esposito, V. (1971). Campañas africanas y japonesas. En Esposito, V (comp.) *Breve Historia de la I Guerra Mundial*. México: Diana.
- Farwell, B. (1986). *The Great War in Africa (1914-1918)*. New York-London: Norton & Co.
- Grundlingh, A. (2015). *War and Society*. Stellenbusch University, SunPress.
- James, L. (1996). *The Rise and Fall of the British Empire*. New York: St. Martin Press.
- Keegan, J. (1999). *The First World War*. New York: Random House.
- Lettow Vorbeck, P. (1926). *Mis memorias de la campaña en el África Oriental Alemana*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Miller, M. (2010). *Historia Naval de la Gran Guerra 1914-1918*. Barcelona: Inédita.
- Palmer, A. (1979). *El Káiser. Figura central de la I Guerra Mundial*. México: Lasser Press.
- Paulin, C. (2001). *White Men's Dreams, Black Men's Blood. African labour and british expansionism in South Africa*. Trenton: Africa World Press.
- Robinson, R. y Gallagher, J. (1961). *Africa and the Victorians. The official mind of Imperialism*. London: Macmillan.
- Sibley, J. R. (1971). *Tanganikan Guerrilla. East African Campaign 1914-18*. New York: Ballantines.
- Stephenson, C. (2004). *Zeppelins. German Airships 1900-1940*. New York: Osprey Press.
- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Random House-Mondadori.
- Varios Autores. (1937). *Das Buch der Deutschen Kolonien*. Leipzig: Wilhelm Goldmann.